

Martes II de Pascua



9 de abril de 2024

Hech 4,32-37

Sal 92

Jn 3, 7-15

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús dialoga con Nicodemo, un fariseo inquieto buscador de la verdad. Un poquito antes del diálogo que hemos escuchado hoy, Jesús le dijo que nacer de lo alto y nacer del Espíritu son la misma cosa y el que así nace es como el viento, que no sabes tú de dónde viene ni a dónde va.

Nicodemo se destaca del grupo fariseo¹. Pero sigue atado por una espiritualidad simplemente reformista. Es la personificación del judío que quiere compaginar el judaísmo con la persona de Jesús; a pesar de su buena voluntad depende de "*señales*", pues esas son las primeras palabras con que se dirige a Jesús cuando se encuentra con él: alaba, precisamente sus *señales*. Pero su comprensión de Jesús todavía es *terrena, superficial, sin descender al fondo*. Le respeta como igual, pues le llama "*maestro*", y como superior, pues cree que es "*enviado de Dios*". Pero Jesús no se sitúa en la línea de rabinismo, no es solo un Rabbí, sino que se sitúa en el plano de la revelación. Nicodemo y, en general, el movimiento suscitado en Jerusalén, esperaban al Mesías-Rey-davídico-poderoso, que instauraría el reino de Dios excluyente del resto de los pueblos que pondría a Israel por encima de todos los reinos de la tierra. La calidad del rey mesiánico, que Jesús va a manifestar, no corresponde a la expectación judía.

Por eso Jesús comenzará a revelarse, a manifestarse a sí mismo. En este pasaje asocia su realeza a su muerte, como aparecerá en el título de la cruz («El Rey de los judíos»). Su reinado, que será el de Dios, no se inaugurará con una manifestación de poder, sino con la del amor de Dios manifestado en la cruz, que en sí misma es la negación del poder.

Este fariseo todavía actúa "*de noche*", como así nos dice intencionalmente Juan; se mueve en la oscuridad, en las tinieblas, en la lejanía de Jesús y Jesús, precisamente, mire usted por dónde, es la Luz. Se aproxima al Señor de noche, es decir sin la disposición interior de acogerlo, de abrirse a él.

Entonces es cuando Jesús le propone el cambio radical: no se trata de renovar tu vida, tu espiritualidad: se trata de innovarla, de hacerla nueva, de «*nacer de nuevo*». Para abrirse a Jesús, el cambio que Nicodemo ha de dar tiene que ser tan brusco que supone un nuevo nacimiento, nacer de nuevo². No es suficiente la conversión, término que no usará Juan por considerarlo muy imperfecto para significar la apertura a Cristo. No es que el judaísmo no

¹ Cfr. Luís Alonso Schökel. Biblia del Peregrino. Edición de estudio. Vol III. Nuevo Testamento. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra).

² El término empleado por el evangelista significa *de nuevo* y *de arriba*. El autor ha utilizado intencionadamente este término para significar el doble sentido.

desemboque en Cristo, es que Nicodemo no acepta el dinamismo del Espíritu, la nueva alianza de la que hablaron los profetas.

La propuesta de Jesús es, pues, algo totalmente inesperado, incomprensible, inaudito. Nacer es comenzar y el nacimiento define el ser. Nicodemo sigue sin comprender, porque discurre en un plano de razón humana. Nicodemo se mantiene en el plano del «cómo» («¿cómo es posible que esto suceda?»), pero Jesús le dice que no se trata del «cómo», sino del «qué», porque lo que tiene que nacer es el hombre nuevo. Pero Nicodemo no cree que se pueda dar eso. Nicodemo tiene que saltar a otro plano, a otro superior, para moverse como el viento libremente en esa dimensión superior. **Y entonces le dice que eso es nacer de lo alto, del Espíritu.** Además, el que nace, «**ve la luz del día**», es hijo de la luz y podrá escuchar y aceptar a Jesús. Viento y Espíritu son la misma palabra tanto en hebreo como en griego (*ruaj*, en hebreo, *mneuma* en griego), por eso es que Juan utiliza este juego de palabras.

Pero Nicodemo no admite novedad alguna; ruptura con el pasado y novedad del Espíritu son conceptos que no pasan por su cabeza. El judaísmo es una realidad cerrada en sí misma; si algo sucede, ha de controlarse desde sus estructuras; lo importante no es la novedad, sino el pasado. Y eso es justamente lo que le dice Jesús, que el viento es incontrolable. Nicodemo se quedará sin argumentos. El paso del judaísmo al cristianismo tiene que darlo el Espíritu.

Y ante la queja de Nicodemo es cuando Jesús le dice: «*Si al decirles cosas de la tierra no creen, ¿cómo van a creer si les digo cosas del cielo?*». Esta es la noche de Nicodemo; ni siquiera cree en el AT. Él, como maestro que era en Israel, debía conocer que la Antigua Alianza llamaba a una nueva promesa de Dios para el futuro; a una nueva forma de vivencia y de comportamiento del hombre frente a Dios, mediante el Espíritu, que se iba a difundir. Esto ya lo habían señalado algunos profetas.

Por último Jesús le trae a colación el episodio de Moisés con la serpiente en el desierto. Aquella daba vida parcial: el dará, al ser levantado, la vida eterna. Jesús dice que «*así tiene que ser levantado el Hijo del hombre*»; el hecho de «*levantar/ser levantado*» indica una señal visible, destinada a ser vista y mirada: es la localización de una fuerza salvadora. El Hombre levantado en alto será la presencia salvadora de Dios, el punto de confluencia de todos los que miran, el lugar de donde mana la vida divina.

Por esto precisamente es por lo que la Liturgia, a mi entender, nos pone en este tiempo Pascual el diálogo de Jesús con Nicodemo: hay que nacer de nuevo, de lo alto, del Espíritu. La “tensión” de este tiempo pascual se centra en este «*nacer de nuevo*», porque ¿qué sentido tiene para mí la muerte y resurrección de Jesús si no provoca un cambio radical de mi vida, tan radical que sea un nuevo nacimiento? Ser engendrados de nuevo por el Espíritu y nacer de nuevo a la vida del Espíritu, de tal manera que el antiguo ser ya no existe; porque no se trata, como dice Jesús en su charla con Nicodemo, de renovar nada: se trata de innovar. Como en el primer día de la Creación, el Espíritu está revoloteando sobre las aguas en caos que esperan la Palabra creadora, el Verbo de Dios.